

convertida se levanta de su pecado con un amor de Dios mas perfecto que el que tenia antes de ofenderle, y que en consecuencia el Señor la eleva á un grado mas alto de santidad, y la admite á un trato mas familiar y amistoso, que el que le permitia cuando era inocente. Vedlo sino en san Pedro. Dijo Jesús en la última cena en presencia de todos los Apóstoles : uno de vosotros me venderá. San Pedro deseaba saber quién seria el traidor ; pero no atreviéndose á preguntarlo él mismo se valió de san Juan. Despues de su pecado vió un día que san Juan seguia á Jesús, y entonces sin reparo alguno le pregunta : *Domine, hic autem quid?* ¿Qué es eso, buen Apóstol? Cuando eras inocente no te atrevias á hacer preguntas á Jesucristo, ¿y ahora que has pecado, osas? Es, dice el cardenal Cayetano, que los convertidos entran á veces en una comunicacion con Dios mas íntima y franca que la que tenian antes de su culpa ; y aun llegan frecuentemente á ser mas queridos del Señor, que aquellos que nunca le ofendieron.

Observad como en la Escritura santa los hijos segundos se ven casi siempre preferidos á los primogénitos. Primogénito era Cain ; pero mas favorecido de Dios fue Abel : primogénito era Ismael ; pero mas estimado fue Isaac ; primogénito era Esaú ; pero mas querido fue Jacob. Notad que, segun la doctrina de los santos Padres, los primogénitos representan los inocentes, á quienes á veces el Señor prefiere los hijos segundos, es decir los que han sido grandes pecadores. En efecto, cuando Jesucristo trató de dar un príncipe á su Iglesia, no eligió para este cargo á Juan, hombre inocentísimo ; sino á Pedro que habia sido un perjuro : cuando quiso formar un Apóstol que llevara su nombre por todas las naciones, no echó mano de Santiago, hombre que nunca habia

cometido culpa grave ; sino de Pablo que habia sido un gran blasfemo y aun insigne perseguidor de su Iglesia.

Todas estas reflexiones os hacen ver, hijos míos, la gran dicha á que aun podríais llegar, si una vez os resolviéseis á dejar el pecado y convertirlos sinceramente á Dios. Yo sé que muchos de vosotros sois pecadores, no por malicia, sino por fragilidad ; no por gusto de ofender á Dios, sino por no saber resistir á las pasiones ; no enamorados del vicio, sino miserablemente engañados del demonio. Yo sé que muchos vais pasando los años en vicios y pecados, no porque esteis contentos en vuestra vida mala, sino porque viéndoos tan grandes pecadores, os parece imposible que el Señor os admita otra vez á su divino amor. Pero alentaos, amados hijos ; cobrad ánimo, hijos amados ; pues si quereis, no solo podeis salir de vuestro infeliz estado, sino que podeis llegar á conseguir grandes virtudes, á ser grandes santos y muy estimados del Señor. Dios no espera sino que os resolvais para daros la mano y ayudaros á subir al cielo. Resolveos, pues, y experimentaréis la felicidad de que goza una alma en estado de gracia. Amen.

PLÁTICA XXI.

LA IGLESIA CATÓLICA.

Vocati estis in societatem Jesu
Christi Domini nostri. (*1 Cor. 1, 9*).

Despues de habérsenos hablado en el octavo artículo del Espíritu Santo, en este nono pasa á hablarnos de la Iglesia, cuya autoridad reconocemos diciendo : *Creo la Iglesia católi-*

ca. Este artículo, hijos míos, es en algún sentido el más importante de todos; porque de él depende la fe de todos los demás: por manera que sin autoridad de la Iglesia, podríamos negar las Escrituras, el Evangelio y el Símbolo mismo. La razón es, porque aunque el Símbolo, el Evangelio y las santas Escrituras sean reveladas por Dios, á nosotros no nos constaría que lo fuesen, si no hubiese la autoridad infalible de la Iglesia que nos lo propone y asegura.

Supongo que ya sabéis que por este nombre *Iglesia* no se entienden estos edificios materiales destinados á los actos de religión y de culto; sino que se entiende una sociedad, un cuerpo, una reunión de personas, en la cual se halla la verdadera fe, el verdadero culto de Dios, la verdadera religión, y fuera de la cual no puede haber salvación para nadie. Esta congregación de personas no es la de los mahometanos, judíos ni protestantes; sino la de aquellos que profesan la fe de Jesucristo, la fe católica romana, en cuyo gremio por la misericordia de Dios nosotros hemos nacido. Que nuestra Iglesia católica romana sea la única verdadera, con exclusión de cualquier otra, se conoce desde luego con solo reflexionar, que de ella y no de otra alguna se verifican las notas ó señales que el Espíritu Santo nos ha dado para distinguir la verdadera Iglesia de todas las sectas ó falsas religiones.—De estas notas ó señales os hablaré despues.

Nuestra Iglesia puede considerarse de dos modos: de un modo general y más vago, y de un modo particular y limitado. Considerada en el modo más general, es la unión de todos los fieles llamados al conocimiento del verdadero Dios, y que componen un solo cuerpo místico del cual Jesucristo es jefe y cabeza. En este sentido la Iglesia comprende no solo los fieles que viven sobre la tierra, sino también los que están

en el otro mundo y partieron allá en estado de gracia. Por esto se distingue en tres Iglesias, ó mejor dicho, en tres partes de una misma Iglesia, que son, la Iglesia triunfante, la Iglesia purgante y la Iglesia militante. La triunfante es aquella porción de fieles que reinan con Jesucristo en el cielo; la purgante es la porción de aquellos fieles que están detenidos en la cárcel del purgatorio hasta lograr una perfecta expiación de sus pecados, y la militante es la porción de fieles que viven sobre la tierra, expuestos á los combates de los enemigos de su salvación y todavía inciertos de su eterna suerte. Estas tres Iglesias son, como ya he insinuado, tres partes de una sola y misma Iglesia; porque todas tienen una misma cabeza, que es Jesucristo.

La Iglesia, considerada en particular, no es otra cosa que la misma Iglesia militante, aquella que al presente milita sobre la tierra, á saber, la congregación de todos los fieles bautizados, que viviendo bajo la obediencia de legítimos pastores, participando de los mismos Sacramentos, profesando la misma fe, forman un solo cuerpo moral, del cual Jesucristo es cabeza invisible y el Pontífice romano cabeza visible. De esta Iglesia militante se habla señaladamente en el Símbolo, cuando se dice: *Creo la santa Iglesia católica*; y de esta tengo ánimo de hablaros hoy, explicándoos cuál es su constitución, cuáles sus prerogativas, cuáles sus notas ó caracteres. De lo que podréis deducir, cuánta es nuestra dicha en ser miembros de esta Iglesia, y cuánta la obligación de corresponder á Dios por habernos llamado, sin mérito alguno de nuestra parte, á esta congregación santa.

Aunque de lo dicho podeis conocer quién pertenece y quién no á la Iglesia, quiero hacérslo mas manifiesto para que entendais bien cuál es la forma que Jesucristo le ha dado. Tres cosas nos son indispensables para ser miembros de la Iglesia : el Bautismo, la profesion de la fe, y la subordinacion á los legítimos pastores.

En primer lugar es necesario el Bautismo ; porque él es la puerta por donde se entra á la Iglesia y el Sacramento que nos incorpora á ella. Por falta del Bautismo están fuera de la Iglesia los infieles, es decir, los judíos, los mahometanos y los idólatras.

Se requiere en segundo lugar la profesion de la fe. Profesion de fe quiere decir, una firme adhesion de entendimiento y de corazon á las verdades que la Iglesia nos propone, sin rechazar ninguna por incomprendible que sea, por contradictoria que parezca. Por falta de esta profesion están fuera de la Iglesia los herejes y los apóstatas : los herejes, porque rehusan obstinadamente creer algunos puntos de la doctrina católica ; los apóstatas, porque renuncian totalmente á Jesucristo y á su religion. Aunque estos hayan recibido el Bautismo, están fuera de la Iglesia, porque ellos mismos se han separado con su voluntaria infidelidad.

Es necesario, por último, la sumision y obediencia á los legítimos pastores ; porque Jesucristo instituyendo la Iglesia, la dió la forma de una sociedad bien ordenada, en la cual ha de haber órden, sujecion y dependencia de unos á otros ; debiendo los unos mandar, los otros obedecer ; tocando á unos instruir, á otros aprender y callar. De lo que resulta, que quien quiere vivir independiente y rehusa obedecer, rompe con lo restante del cuerpo, y cesa de pertenecer á la Iglesia. Tales son los cismáticos, que desprecian la autoridad de la Iglesia

y de sus pastores, y niegan la obediencia al romano Pontífice, que es la piedra fundamental y el centro de la unidad católica.

¿Y los pecadores pertenecen á la Iglesia? Mientras sus pecados no sean de aquellos que ó destruyen la fe, como la herejía ; ó rompen el vínculo de la unidad católica, como el cisma ; ó llevan excomunion, como la muerte de un clérigo, y otros ; todos los demás, de cualquier especie que sean, no les quitan el ser miembros de la Iglesia. Pero son miembros muertos, notadlo bien, miembros privados de todas las influencias vitales que Jesucristo derrama incesantemente sobre su Iglesia ; miembros que no participan de los méritos, gracias y bienes espirituales que con tanta abundancia circulan en ella. ¡No es esta pequeña desgracia!

Vista la esencia de la Iglesia, vosotros deseareis, hijos míos, que os indique sus prerogativas. Muchas son estas ; pero yo me limitaré á dos que son las principales, á saber : infalibilidad y perpetuidad. *Infalibilidad* quiere decir, que la Iglesia no puede errar en cuanto nos enseña ó nos manda, y que es imposible nos enseñe cosa que sea falsa y que nos mande cosa que sea mala, porque Jesucristo la tiene hecha la promesa mas formal de estar siempre con ella, dirigirla é iluminarla para que nunca yerre. De aquí nace la rigurosa obligacion que tenemos de ser dóciles á sus preceptos, de sujetar á ella nuestra fe ; creyendo cuanto ella nos propone, y practicando cuanto ella nos manda.

Esto no quiere decir, que nuestra fe esté exclusivamente apoyada en la autoridad de la Iglesia, esto no ; porque nuestra fe estriba toda en Dios solo y en su palabra infalible ; no obstante la Iglesia es el medio seguro de que Dios se sirve para hacernos saber cuáles son las cosas que él ha revelado,

y cuáles no. Por esto, cuando se os pregunta, por qué creéis que en Dios hay tres personas; que Jesucristo tiene dos naturalezas; que la Eucaristía contiene realmente el cuerpo de Jesucristo, etc.; lo creo así, respondeis, *porque Dios lo ha revelado*. Si despues os preguntan cómo sabeis que Dios lo ha revelado; vosotros respondeis: porque la Iglesia, maestra infalible de la verdad, me lo enseña. ¿Veis? Por medio de la Iglesia sabeis que Dios ha revelado una cosa; pero esta cosa la creéis, porque la ha revelado Dios.

La otra prerogativa de la Iglesia es la perpetuidad. *Perpetuidad* quiere decir, que la Iglesia nunca perecerá; que siempre triunfará de sus perseguidores por bravos y poderosos que sean; que sobrevivirá á todas las persecuciones y durará hasta el fin del mundo. La razon de esto es la promesa que Jesucristo la tiene hecha de defenderla siempre, y no permitir jamás que el infierno prevalezca contra ella. ¡Cuán manifiesto y palpable es el cumplimiento de esta promesa! Diez y ocho siglos há que la Iglesia está fundada. En el curso de estos años han desaparecido muchas dinastías, han perdido hasta el nombre muchos reinos, hanse hundido grandes imperios y se ha cambiado muchas veces la faz del mundo. ¿Y la Iglesia? La Iglesia continúa firme y estable.

En el curso de estos años la Iglesia, cuando mas cuando menos, ha sido objeto de una persecucion continua: la han perseguido los tiranos con sus espadas, los herejes con sus argumentos, los sofistas con sus plumas, los libertinos con sus malas doctrinas; pero ella les ha visto desaparecer sucesivamente, les ha visto caer en el infierno uno despues de otro, sin desplomarse, sin hundirse, sin conmovirse siquiera. ¿Puede haber prueba mas clara de que ella es obra de Dios? Yo no sé como los incrédulos, que gustan tanto de co-

sas claras y palpables, no saben ver esta, que llegarían á ver hasta los mismos ciegos.

Pasemos ya á discutir el punto principal de la materia, á saber, si nuestra Iglesia es la Iglesia verdadera, la sola que puede conducirnos á la salvacion. No ignorais que en el mundo hay muchas sectas, religiones ó iglesias que cada cual se gloria de ser la verdadera; y que así como nosotros tenemos por verdadera la *católica romana*, el judío tiene por verdadera la suya, el mahometano la suya, el protestante la suya, y cuantos sectarios hay la suya.

¿Es posible que todas sean igualmente buenas, igualmente conducentes para la eterna salvacion? No, hijos, no: iglesias que tienen doctrinas tan contrarias, máximas tan opuestas, cultos tan diferentes, no pueden ser todas verdaderas, no pueden conducir todas á la salvacion eterna: fuerza es que entre tantas haya una verdadera, y que todas las demás sean falsas, espurias y diabólicas.

¿Y cómo podrémos discernir entre tantas iglesias cuál sea la verdadera? No es muy difícil, hijos míos; pues el Señor se ha dignado distinguirla con caractéres tan claros, que el mas ignorante puede conocerla. El Símbolo de los Apóstoles nos señala cuatro, diciéndonos que la Iglesia de Jesucristo es *una, santa, católica y apostólica: et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Examinemos en particular estos cuatro caractéres, y verémos que conviniendo solo á la Iglesia romana, ella es la única verdadera con exclusion de todas las otras.

El primer carácter esencial de la Iglesia verdadera es la *unidad*, que vale tanto como decir, que una Iglesia no puede ser verdadera, si los individuos que la componen no están unidos entre sí, de modo que formen una sola sociedad. ¿Sa-

beis por qué? porque la union y concordia es el distintivo de las obras de Dios, así como la discordia y la division es el distintivo de las obras del demonio. Ahora bien, este carácter de *unidad* conviene admirablemente á nuestra Iglesia; porque todos los que la componen, aunque separados por distancia de lugares, por diversidad de climas, guardan entre sí la conformidad mas perfecta, teniendo todos una misma fe, unos mismos Sacramentos, una misma cabeza.

Una misma fe; porque lo que se cree en España, se cree en Portugal, en Francia, en Italia y donde quiera que haya católicos. Por todo se reza el mismo Símbolo, por todo se enseñan los mismos dogmas, por todo se profesa la misma fe. *Unos mismos Sacramentos*; porque en todo lugar los católicos piensan lo mismo acerca su número y esencia, en todo lugar son igualmente administrados y recibidos, en todo lugar el mismo Bautismo, la misma Confirmacion, la misma Eucaristía, etc. *Una misma cabeza*; porque todos los fieles del mundo reconocen á un mismo jefe visible, que es el romano Pontífice; y todas las Iglesias particulares comunican con la Iglesia de Roma que es la madre de todas.

El segundo carácter de la verdadera Iglesia es la *santidad*; porque siendo Dios santísimo en todas sus obras, como dice el Profeta, *sanctus in omnibus operibus suis*; la Iglesia, que es obra suya, debe necesariamente participar de la santidad de su autor.

¿Y quién no ve cuán justamente se atribuye á nuestra Iglesia el título de *santa*? Ella es santa en su autor, que es Jesucristo; santa en sus dogmas, que se refieren todos al culto y conocimiento del verdadero Dios; santa en su moral, que tiende á santificar á todo el mundo; santa en sus leyes y preceptos, que hacen santos á los que fielmente los observan;

santa, en fin, en muchos de sus miembros, que llevan una vida del todo conforme á las santas máximas del Evangelio. No importa que entre los mismos católicos haya muchos pecadores y viciosos; por esto no deja de ser santa la Iglesia. Así como una madre buena y piadosa puede tener hijos díscolos y perversos, sin que los vicios de estos rebajen en nada su bondad; así la Iglesia sin perder un ápice de su santidad, puede tener discípulos perversos y malvados. Si son perversos, lo son por su malicia, lo son porque se apartan de las doctrinas de esta buena madre; y tan léjos está ella de aprobar su conducta, que la reprueba altamente, la llora con lágrimas, y tantea todos los medios para reducirlos al buen camino.

El tercer carácter de la verdadera Iglesia es la *catolicidad*, es decir, que la Iglesia verdadera debe ser universal, porque las Escrituras nos la representan bajo la figura de un gran reino que se extiende por todas las partes del universo.

Este carácter, hijos míos, es tan propio de nuestra Iglesia, que sus mismos enemigos no se atreven á negárselo; pues siempre que hablan de ella la señalan con el nombre de *católica*. Y en efecto, ella no está circunscrita á un solo lugar, á una sola provincia, á un solo reino, como las sectas de los mahometanos, judíos y protestantes; sino que se extiende del Norte al Mediodía, de Oriente á Poniente. No solo vive en aquellos reinos que la profesan por ley de Estado; sino que vive en medio de los protestantes, vive entre los turcos, vive entre los salvajes de la América, del Asia y del África; pues en todas partes se encuentran católicos unidos entre sí, unidos con el vínculo de la misma fe y con la participacion de los mismos Sacramentos.

El último carácter de la verdadera Iglesia es que sea *apostólica*, esto es, fundada por los Apóstoles, y descendiente de

ellos en cuanto á la sucesion de ministros y en cuanto á la propagacion de doctrinas ; todo lo que se verifica exactamente en nuestra Iglesia. En primer lugar, la sucesion de ministros viene de los Apóstoles, y de ellos ha pasado á nosotros sin interrupcion alguna. Desde Pio IX, que actualmente reina, podeis subir de grado en grado hasta san Pedro que fue el primer papa de la Iglesia ; como igualmente recorriendo la serie de los obispos católicos, hallaréis la raíz en algun Apóstol que consagró al primero, este consagró á otro, y así sucesivamente hasta llegar á los que actualmente tenemos.

Con la sucesion del sacerdocio, se ha conservado inalterable la misma doctrina de los Apóstoles hasta nosotros. Lo mismo que se enseña ahora, se enseñaba entonces ; no se creia entonces ningun artículo que no se crea ahora. Prueba tan sencilla como convincente de que nuestra Iglesia es la misma que fundó Jesucristo.

Héos aquí, hijos míos, como los cuatro caractéres señalados por el Espíritu Santo, para reconocer la Iglesia verdadera, convienen perfectamente á la nuestra. ¡Cuántas gracias debemos dar á Dios por habernos hecho hijos de esta Iglesia! Pero advertid, que de nada nos serviria ser hijos de una Iglesia santa, si nosotros fuésemos malvados. ¿Habeis observado en los campos que junto con el trigo crece la mala yerba? Pero aguardad : llega el tiempo de la siega, se separa el grano de la mala semilla ; aquel se coloca en la troje, y esta se echa al fuego. Al presente todos crecemos juntos en el campo de la Iglesia, buenos y malos ; pero vendrá el tiempo de las cuentas generales, y entonces se hará la separacion debida de unos y otros : los buenos al cielo á gozar eternamente con Dios ; los malos al infierno á arder eternamente con los demonios. Haga Dios que no os toque esta última suerte. Amen.

PLÁTICA XXII.

LA COMUNION DE LOS SANTOS. — EFECTOS DEL PECADO EN EL ALMA.

Particeps ego sum omnium timendum te, et custodientium mandata tua. (Psalm. cxviii, 63).

El artículo nono del Símbolo consta de dos partes entre sí muy conexas : la primera trata de la *Iglesia*, de la que os hablé en la pasada instruccion ; la segunda trata de la *comunion de los Santos*, de la cual debo hablaros hoy. Estas dos partes, como veis, van íntimamente unidas, y la una lleva consigo la otra ; porque si la Iglesia es un cuerpo compuesto de muchos miembros bajo una misma cabeza, es consiguiente que estos miembros tengan entre sí una comunicacion recíproca de bienes, como la tienen todos los miembros de cualquiera sociedad : y esta comunicacion de bienes es la que llamamos *comunion de los Santos*.

No se habla aquí, hijos míos, de aquella comunicacion exterior que hay entre nosotros mediante la profesion de una misma fe, la participacion de unos mismos Sacramentos y la subordinacion á los mismos pastores, no : se habla de una comunicacion interior é invisible, por la cual participamos de todos los bienes espirituales que hay en la Iglesia, como son los méritos infinitos de Jesucristo, el fruto de los Sacramentos, del sacrificio del altar, de las indulgencias, oraciones, virtudes y demás obras buenas así públicas como privadas que hacen los verdaderos fieles. De suerte que por el presente artículo confesamos creer, que todo el bien público y privado que se hace en la Iglesia, redunda en provecho de todos